

INTELIGENCIA ARTIFICIAL

A medida que la humanidad avanza en comodidad de vida, con el uso laboral y doméstico de la técnica, retrocede el valor social de la experiencia general y de la inteligencia individual. Donde la tecnología reina, la indocta juventud presenta sus credenciales al mando y la sabiduría jubilada se retira a los asilos. Esta regla no ha cesado de manifestarse en toda época de revolución de las costumbres. Y ahora nos induce a creer que la inteligencia artificial terminará por ganar, a la experiencia, la partida de la organización social y política. Fascinados por la brillante apariencia de vida inteligente que la tecnología comunica a veces al mundo de las cosas, propendemos a dejarle también entre sus manos el de los hombres. Muerto el utopismo de racionalidad en las relaciones entre personas, la esperanza de impulsar la vida de la razón se puso, al instante, en la relación entre las cosas. Tras el fracaso de la fraternidad revolucionaria, el sansimonismo sembró los sueños del socialismo con semillas racionales para que naciera, en campos industriales, el gobierno de las cosas. Y allí germinó la utópica idea de un gobierno mundial de proletarios.

La falta de comunicación con sentimientos y pensamientos ajenos, causada por los límites naturales de una imaginación personal incapaz de trascender los de su propia experiencia individual, fue suplida con los ideales colectivos de las grandes ideologías. Agotada la función integradora de esos credos políticos, como la de los mitos y religiones, la falta de comunión inteligente entre personas se suplantó con relaciones inteligentes entre las cosas. La inteligencia artificial produce la ilusión de que resuelve problemas humanos de manera autónoma y universal, como si ella no fuera causada por la inteligencia personal, y los problemas no tuvieran su origen en oposición de intereses. Esta ilusión coloca a la juventud informatizada en una situación anacrónica. Frente a un ordenador o a un edificio inteligente, el raciocinio del joven usuario dimite ante el caso particular o lo imprevisible, como sus mayores hicieron antes, en el mundo moral, frente a las máximas universales de la experiencia.

Si prescindimos del valor puramente instrumental o informativo de la cibernética, y la usamos como criterio de acción personal, la inteligencia artificial de un ordenador no se diferencia en calidad y función de la comunicada por la experiencia universal que reducen los refranes. Sancho Panza creía dominar por medio de proverbios, aunque se contradijeran unos a los otros, el mundo real que se escapaba de la fantástica imaginación de su idealista caballero. No es muy distinto lo que acontece cuando se acude a las conclusiones apodícticas de las ciencias morales, acumuladas en el archivo de un ordenador con inteligencia artificial, para resolver cuestiones particulares de la vida económica o jurídica, por ejemplo. Para los modernos agiotistas y los jóvenes abogados, la sabiduría de sus viejas profesiones ha pasado, desde el cálido rincón del hogar refranero de sus abuelos, a la fría tecla de sus portá-



Antonio GARCÍA TREVILIANO

tiles ordenadores. La calculadora pone fuera de circulación la intuición personal de los números. El ordenador, la creadora memoria subjetiva de ideas y acontecimientos. La inteligencia artificial, las bases analógicas

e imaginativas de las que surge la posibilidad del razonamiento lógico. La realidad virtual, el caos de la fantasía. En la inmensa mayoría de intelectos todo esto cae como bendición del cielo. No para hacedores más inteligentes o sensibles, pero sí menos inútiles o menos irresponsables en sus profesiones. En la minoría estudiantil, ningún otro invento anterior le ha sido tan indispensable para potenciar su trabajo. Pero si toda la juventud enhebra su educación con estos fríos hilos electrónicos, ¿de qué lianas naturales se enredará el sentimiento de la poesía? ¿De qué brote orgánico podrá emerger un rayo de la razón que llegue a las estrellas? ¿De qué manantial emotivo manará la belleza de una teoría de la acción para todo el género humano? ¿De qué pozo instintivo beberá una genuina vocación política o religiosa? ¿De qué oscuro limo saldrán las flores del arte?

EL ENRIQUECIMIENTO COMO ILUSIÓN

Está frente a la máquina, introduce monedas o fichas previamente adquiridas, mueve los resortes y espera que un tesoro llegue a sus manos. Fracasa -o al menos obtiene resultados inferiores a sus altos de-



seos - y nuevamente vuelve a intentarlo, «buscando desesperadamente» no a un ser humano como Suzy sino el enriquecimiento crematístico. Dicho con más pedante, tecnocrática y extranjerizante jerga: está ante la «caja negra», introduce «inputs» y espera «outputs», actividad autoprogredida con el objetivo de conseguir un elevado beneficio económico. Es mediodía y nuestro sujeto, sea varón o mujer, lleva entregado a tal actividad desde las primeras horas de la mañana, para prolongarla hasta las últimas de la noche, de «claro en claro» y de «turbio en turbio», que diría nuestro Cervantes. Esta imagen multiplicada, incesantemente repetida, desde el mismo aeropuerto hasta las salas de juego, me quedó fuertemente grabada en un viaje hecho a Las Vegas, hace algunos años, aunque ciertamente, más diluida y no tan obsesa, podemos encontrarla en múltiples lugares de nuestro planeta.

Y es que en semejante figura se materializa

zan y expresan, del modo más llamativo, algunas de las tendencias y rasgos de nuestra época. O, más exactamente, el modo en que nuestro tiempo ha reconfigurado viejas tendencias humanas. En los primeros siglos del Cristianis-

mo, especialmente en el Oriente próximo, florecieron los ermitaños. Buscaban «desesperadamente», también, acumular tesoros, pero para la otra vida, allí «donde el orín no los corroe», asegurar su salvación eterna. Y, para lograrla, huían del mundo -uno de los Enemigos- y se encontraban con el asalto enfurecido de los otros dos. Se les aparecía el demonio y, en combinación con él, surgían tentadoras imágenes eróticas, bellas y provocativas féminas que el eremita rechazaba fustigándose. Estos nuevos ermitaños no están físicamente separados, sino apiñados en el cenobio de Las Vegas, y en él están incomunicados, silenciosos, se parecen, pues, más bien a los cartujos.

Y la imaginación de estos cenobitas no es tan proliferante, se encuentra absorbida monótonamente por el dinero. Se ha cumplido un largo viaje en la soledad humana, imposible de describir ahora, pero que pasaría por los humanistas, en el campo con compañía del libro, por Descartes meditando junto a la estufa, por la figura de Robinson, por el individualismo moderno. Pero, como en los ermitaños, gobierna en el autista de la máquina trapaperras, la fantasía, guiada no por la ilusión de otra vida sino por la más inmediata de llegar a ser rico en éste.

No en balde analizó Freud la importancia de las ilusiones, para escapar del principio de realidad. El mundo capitalista actual ha bechizado a muchas mentes con el falaz engaño de un futuro esplendoroso.

Pero aún habría que notar un nuevo y esencial aspecto de la figura que estamos analizando: la relación alienante con la máquina. La expectativa de enriquecerse a través del juego es bien antigua. Pero ahora la estamos contemplando en su culminación artística y mecánica. La máquina deja de ser instrumento de trabajo, de violencia, de comodidad, de información, para travestirse con la engañosa apariencia de cuerno de la abundancia y absorber la vida y la conciencia de quien se sienta ante ella. La leyenda maya-quiché recogida en el Popol-Vuh imagina una rebelión de las máquinas contra los seres humanos. Y es que la humanidad no ha dejado de experimentar viejos y actuales temores ante el mundo técnico, criatura de nuestras manos, pero capaz de rebelarse contra su creador. Y ahora podemos imaginar la máquina de la riqueza, riéndose burlesca de su ingenio esclavo.

Pero no de su dueño. Porque ciertamente hay alguien que sí se enriquece: los propietarios de las máquinas fabricadoras de ilusiones. Hasta el extremo de haber originado luchas mafiosas por su control... Y es que las ilusiones de nuestro tiempo no brotan espontáneamente de la fantasía evasiva. Son proyectadas interesadamente sobre las subjetividades de los hombres y mujeres, para ponerlas al servicio del aumento de riqueza de los poderosos.

Carlos PARIS

DISCO DURO

El contenido del «disco duro» del ordenador que el periodista Pepe Rei tenía en la redacción del diario «Egin» va a dar mucho que hablar en los próximos meses, según le han comentado a Juan Bravo espías que suelen frecuentar los alrededores de la Audiencia Nacional.

Una de las informaciones que el juez que investiga el caso encontró en esa memoria se refería a un agente de un servicio de información que había conseguido infiltrarse en ETA al más alto nivel. El agente fue descubierto y consiguió huir de forma precipitada. El Gobierno le concedió entonces una identidad de seguridad y le envió a un desatino en el extranjero.

Por sistemas que se desconocen, pero que se

intuyen, al ya famoso «disco duro» llegaron informaciones puntuales sobre ese destino que ocupaba el agente y sobre el lugar en el que vivía su familia. Ni que decir tiene que ETA intentaba, desde el mismo día en que se descubrió la infiltración, dar con el paradero del agente y, se supone, que no era para enviarse una felicitación por Navidad.

Además, en la memoria del ordenador, aseguran a los amigos de Jb en los mismos alrededores judiciales, había una lista bastante compleja de otros agentes que por razón de su trabajo secreto deben permanecer ajenos a cualquier publicidad.

Juan BRAVO

